EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XLIV **DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA** NUM. 12824

PRECIOS DE SUSCRIPCION
En la Península: Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extranjero: Tres meses, 11'25 id.—La suscripción se contará desde 1.° y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración.

Redacción y Administración, Mayor, 24

MIERCOLES 10 DE AGOSTO DE 1904

CONDICIONES
El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París A. Lorette, rue Caumartin 16; y J. Jones, Fauburg-Montmartre, 31.

¡5 DUROS MENSUALES!..
PIANOS
DE CUERDAS CRUZADAS
SUBLIME MARCA R. MARISTANY
CASA FUNDADA EN 1870
¡5 MILLONES DE CAPITAL!
Sus miles y miles remitidos y vendidos para toda España es suficiente garantía de que son los **preferidos** á toda otra fabricación
REMESAS DIRECTAS Á ESA PROVINCIA
Reconocida y dictaminada SIN RETICENCIAS por el profesorado español y eminentes artistas extranjeros la marca R. Maristany como SIN IGUAL y SUPERIOR á toda otra nacional
8 AÑOS GARANTIA
con certificados por esta respetable casa
PEDIR ANTES NOTAS DE PRECIOS Y DISEÑOS
Plaza Cataluña 18 Barcelona

Luces y sombras

Luces y sombras... Hienden los aires los alegres sones de las músicas, con sus vibrantes y animados pasodobles, y la multitud muévese como poseida de vértigo; y pasan rápidos los coches que conducen á las hermosas mujeres cubiertas sus cabezas con la airosa mantilla española; la alegría rebasa los límites ordinarios y parece que el pueblo español va á celebrar acontecimientos trascendentales, como por ejemplo, la reconquista del peñón de Gibraltar ó la muerte del cacicazgo infame ó la proclamación de leyes que arrojen en el suelo español semillas de prosperidad. Nada de esto; las luces de ese cuadro hermoso se llenará pronto de sombras, por qué la multitud enloquecida por la fiesta que se celebra, ébria por el triunfo, pedirá sangre, mucha sangre para saciar sus apetitos; y pedirá nuevas víctimas que caigan traidoramente heridas sobre la candente arena. Y las luces de ese cuadro que estuvo animado en un principio por los resplandores de la hermosura, por las brillanteces de la música y por las notas seductoras que dan las gentes cuando se dispopen á solazarse, ahogando por unos momentos los pesares de la vida, se trocarán en sombras que hacen dudar de que el hombre que asiste al circo taurino, pertenezca a la misma raza de los que con su soberana inteligencia han hecho progresar las ciencias y las artes, arrancando secretos á la naturaleza, horadando las montañas para unir mejor con el vapor y la electricidad los pueblos; midiendo con exactitud matemática las distancias que nos separan de los astros, describiendo con el microscopio los pequeños mundos y con el telescopio los grandes, y llenando, en fin, su inteligencia de asombrosas ideas y su corazon de tiernos afectos, despiertos cuando la caridad le inflama, haciéndole latir fuertemente en bien de sus semejantes, caidos en las garras de la miseria ó en las pesadumbres de la desgracia.

No servirán estas apreciaciones para menoscabar en lo más mínimo la aficion á las corridas de toros, que constituyen el mas negro reproche a la nobleza de la patria que las consiente, y el defecto mas grave de la multitud que las aplaude; no aminorarán los entusiasmos que sienten por el arte taurino muchos españoles. Mas no importa, porque alcanzará poca vida lo que ya vive sin gloria, esperando para morir las energías de un legislador que dé la puntilla á lo que ya consumiéndose, acelera damente.

X.

¡Gobernables y muy gobernables!

Con hallarse fuera de la capital de la Nación el presidente del Consejo de ministros, se podría decir, en una situación como ésta, que se halla ausente más de la mitad del Gobierno.

Hay que restar también al ministro de Estado, que acompaña ahora á la Corte.

Mas, esto es cosa secundaria; lo principal para el objeto de nuestras observaciones está en que tenemos actualmente la menor cantidad posible de Gobierno. ¡Y sin embargo vivimos!

Y no vivimos, seguramente, peor que cuando todos los organismos del Estado se hallan en activas funciones; cuando se encuentran en Madrid todos los ministros, abierto el Parlamento, despierta y agitada la política, las mayorías apercibidas á la lucha, y las oposiciones vigilantes.

Hoy no sobrevienen huelgas más frecuentes ni más peligrosas que las que acaecen en cualquiera otro periodo; ni sorprenden los motines con tanta facilidad, como al estar el Gobierno en la plenitud de su pujanza; ni circulan siniestros rumores de conspiración, como los que han solido perturbar los ánimos más tranquilos, en épocas normales; ni la seguridad del ciudadano español corre mayores riesgos que los que á veces, con la extrema vigilancia de los ministros, ha corrido.

Por lo tanto, no se puede llamar ingobernable á un país que, según atestiguan los mencionados hechos, por sí solo se gobierna.

La consecuencia que de ello inmediatamente se deduce es que los obstáculos del Poder público, para guiar á una sociedad tan mansa, no son, ni con mucho, tan altos ni tan graves que puedan servir de excusa á la inacción y á la infecundidad.

El pueblo español es como enfermo crónico, á quien la virtud de la Naturaleza puede ir curando poco á poco, con tal de observar cierta higiene y de que las equivocadas recetas de los médicos no vengan á contrariar y á torcer aquella fuerza. Porque, ¡nótese bien! casi todos los recrudecimientos de nuestros males, que hoy presumimos próximos y cuya proximidad inquieta los ánimos, provienen de recelos semejantes, desde el quebranto de la moneda, hasta la exacerbación de las pasiones en el orden religioso.

Lo que se debe hoy afirmar es que las clases dirigidas, que son las que no disfrutan del veraneo, las que no tienen vacaciones, las que experimentan en la época actual mayores penalidades, las que no logran sedante alguno para sus excitados nervios, á pesar de no sentir sobre sí la acción tutelar ni restrictiva de las clases directoras, van por sí mismas caminando por el áspero sendero de la existencia nacional con regularidad apacible.

La consecuencia lógica de este hecho innegable es que no está en aquellas clases el origen, ni el motivo, de las grandes perturbaciones.

Este fenómeno de psicología nacional, esta quietud del ánimo público, la casi consentida al gremio de panaderos hacer burla de una población de 500.000 almas, es un factor del problema de gobierno, digno de que se le tome con el mayor cuidado en cuenta.

Porque inercia tal puede ser empujada hacia el bien con mentar potencia social que la reclamada, acaso, por un pueblo más activo, que por lo mismo, es capaz de ser más resistente.

A la sombra de sus parrales, allá en Alhama la Seca, D. Nicolás Salmerón resuelve que es preciso agitar la opinión republicana, y abre la caverna de Eolo para que salgan los vientos; pero, no salen ni brisas que ahora serian muy gratas ¿Cómo va á alborotarse por la causa de la República un pueblo, que no se encrespa por el pancicitis? No hay forma, pues, de mantener el epíteto de ingobernable aplicado á nuestro país. De ello es el presente verano la mejor prueba.

¡Y ahora, que nos hablen de revolución!

Apendicitis

A la hora de ahora, la aristocrática dolencia de moda, la terrible «apendicitis» está quitando el sueño á la mayoría de las gentes ahtonadas, que lo mismo desdeñan las indumentarias «fanés» que las enfermedades vulgares.

La «apendicitis» es una dolencia, que indica desde luego en quien la padece, que es persona de muchas campanillas y desahogada posición, como que no hay noticia de que la sufra ningún pelagatos.

No hay temor de que llegue á constituir una epidemia.

Los infelices que recogen las sobras del rancho, los que forman la clientela del figón, los que se dedican al vulgar «cocido», quedan borrados «ipso facto» del privilegio de tener la «apendicitis».

Solamente los que comen carne alcanzan el alto honor de padecer esa enfermedad, casi mortal, sobre todo si se descuida su curación; y aun cuando puede determinar el terrible miserere, ese cólico espeluznante que invierte los términos y perturba por completo la libre circulación intestinal, no se asustan ni se arredran los elegantes, que anhelan ser alcanzados por esa enfermedad para darse entre sus amigos y relacionados el correspondiente pisto.

Los periódicos traen algunas estadísticas curiosas á propósito de esa dolencia «superior» y de sus noticias resulta que el sistema vegetariano es el mejor para estar libre de tan «distinguida» enfermedad.

Poca lana y entre zarzas; este es, poca carne y muy pasada por tamiz, eso es lo que se necesita para que la alimentación no perturbe la función digestiva en ese tipo largo y estrecho, de seis ó siete varas, que constituye el respectivo «bandullo» de cada quisque.

Los sabios que se han dedicado al estudio de las «apendicitis» han llegado á la conclusión de que el cocido, el «cochido» español, como ellos dicen y escriben, es el ideal alimenticio para evitar esa enfermedad, y claro es, ahora en el extrangero los que prefieren la salud á la moda y quieren verse libres de esa dolencia, andan á caza de recetas para confeccionar el cocido á la española.

Aquí, por el contrario, la gente entonada pasó de la cocina francesa á la británica, se atraca de bisteks, de rosbiks, de platos de carne á medio cocinar, rezumando sangre .. y llamando á la «apendicitis» con ansias rayanas en la perturbación mental.

La receta para el cocido, el verdadero cocido del pobre, sólo la saben esas admirables y santas mujeres, que de un «triste» jornal de siete ú ocho reales sacan para dar comer á la prole, pagan al casero, visten y calzan... y no se mueren de hambre.

parbeció aquello mal, y di un fuerte rodillazo á Gauthier por bajo de la mesa, y respondí al cosaco:

—Sí y no; según para lo que lo quieras.

—Ya entiendo; temeis ser sorprendidos y perjudicar al general. Mas estad tranquilos, que ya no tienen nada que temer.

—¿Qué decis?

—Una cosa muy sencilla: mi amo ha hecho diligencias, y por consideración á él, Luis XVIII ha expedido un decreto que le pone á cubierto de toda persecución por lo pasado.

—¿Y la prueba de eso?

—Miradla.

Sacó entonces de su saco un gran pliego, especie de carta cuadrada, que me entregó.

Creí entonces que queria acecharme, y tomé mis precauciones.

Eché el pliego en el bolsillo, y dije á Gauthier que retuviese al cosaco todo lo que pudiera en casa de la Chopine, mientras iba á hacer una diligencia, y héme aquí.

Ahora voy á volver allá pasito á paso á relevar á mi camarada de su centinela.

—Vete en carruaje, y que venga Gauthier contigo.

—Está bien, mi general.

—Pero conviene saber el nombre de ese ruso.

—Si no me engaño, ha dicho que se llama Swan.

Al oir este nombre, los antiguos huéspedes del castillo de Arrow dejaron escapar una esclamación de sorpresa; Jorge sintió venir á sus ojos una lágrima, y Blanca se acercó á su marido, como para sostenerle; tales eran las sensaciones terribles y mal pagadas que había esperimentado al oir el nombre de Swan.

Cuando Cárlos hubo salido, Jorge llevó á Blanca hacia el jardin, y le dijo:

—Tengo que pedirte un gran favor, Blanca mia.

—Habla, Jorge. ¿No sabes que soy toda tuya?

—Me es imposible hablar á mi padre del conde de Arrow, y sin embargo, puedo negarme á hacer lo que me pide en esta carta.

La joven recorrió el pliego que le daba su marido, y que solo contenia algunos renglones:

»En consideración á todo lo que he padecido, en nombre de Eugenia muerta y de nuestra juventud, obten para mi el perdón de mi padre antes de morir. Me he envenenado, y solo me restan dos dias de vida. No podia soportar por más tiempo el suplicio que vengo sufriendo hace tantos meses.

Te ruego por lo que mas amas, no rechaces mi últi-

de nacimiento, por mi abuelita he conservado relaciones en Rusia.

Juan Casteinau hizo un movimiento de sorpresa; mas al ver el rostro plácido y sonriente de Blanca se serenó.

Mas sus facciones conservaron algo de rígidas que imprimia en su fisonomía un viso de tristeza.

Blanca aparentó no reparar en ello, y continuó:

—Yo estuve á punto de casarme con un prisionero francés antes de conocer á mi Jorge, y no dependió á fé de mi pobre tio que no se verificase.

Pero yo estaba destinada á ser francesa en todos conceptos.

—Dios no pondrá dejaros en aquel país endiablado, dijo Juan Casteinau con un acento de ternura paternal lleno de convicción.

—La triste vida de aquel hombre me afectó extraordinariamente cuando supe todos los pormenores porque yo no le haya conocido sino rodeado de honores y abrumado con los favores de la corte y la consideración de todos.

—¿Y qué ha sido de él? esclamó Juan Casteinau conmovido á pesar suyo.

—A los ojos del mundo ocupa una posición de las más brillantes del imperio, pero creo que el infierno